

R

REPORTAJE



Ilustración: Laura Monsoriu

El pasado 23 de diciembre se cumplieron 110 años de la primera visita de la pedagoga italiana a Barcelona, ciudad que acabó convirtiendo en su casa hasta 1936. Su modelo educativo sigue estando vigente, sobre todo en Catalunya, al igual que sus obras, un referente para la formación de maestros y maestras.

Maria Montessori o la dignificación del magisterio

«Tiene el nombre de mi colegio», me dice Martina mientras sujeta con sus manos la biografía para niños que María Isabel Sánchez Vegara ha escrito de Maria Montessori (Chiara-vale, Italia, 1870- Noordwijk, Países Bajos, 1952) publicada por la editorial Alba. «Porque yo voy al cole italiano Maria Montessori», prosigue la pequeña de 4 años, señalando el retrato de Montessori niña que ilustra la portada del libro. Ella no lo sabe, pero la pedagoga italiana inauguró su colegio, fue el 10 de octubre de 1930, cuando el centro educativo todavía tenía sede en el Eixample barcelonés,

antes de trasladarse al barrio de Sarrrià, donde hoy se encuentra.

No fue aquella la primera visita que Montessori hizo a Barcelona, ciudad que convirtió en su hogar y de la que se despidió definitivamente en 1936, tras el estallido de la Guerra Civil. Durante la dictadura, su legado pedagógico fue despreciado y olvidado; no fue hasta la democracia y, sobre todo, a partir de los años 80, cuando el llamado método Montessori volvió no solo a despertar interés, sino a ser reivindicado, influyendo directamente en las siguientes escuelas pedagógicas.



ANNA MARIA IGLESIA

«*Barcelonina*», así definió en 1952 Eladi Homs en un artículo para Destino a la pedagoga italiana. El artículo se publicó el 11 de mayo, solo cinco días después del fallecimiento de Montessori en la ciudad neerlandesa de Noordwijk. Maestro y pedagogo, Homs fue el responsable de la difusión del método Montessori en Catalunya y uno de los principales fautores de la visita de la italiana a la capital catalana. Esa, en principio, breve estancia se alargó hasta el punto de que, tras un breve paréntesis, la italiana convirtió en 1917 esta ciudad en su casa.

Montessori pisó Barcelona por primera vez el 23 de diciembre de 1915. Llegó en tren, proveniente de Madrid junto a su hijo Mario. Con ellos viajaba también Anna Maccheroni, su principal discípula, y en Barcelona Montessori se encontró con otras dos de sus más allegadas colaboradoras, Anna Fedeli y Adelia Pyle, quien, originaria de Nueva Jersey, fue su traductora e intérprete en el viaje que realizó en los meses siguientes a Estados Unidos, donde inauguró la primera *casa di bambini* en suelo norteamericano.

Al llegar el 23 de diciembre, esas Navidades de 1915 Montessori las pasó junto a su hijo Mario en Barcelona: asistió «a la misa del Gallo en la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya» y también «al concierto de canciones populares navideñas del Orfeó Català», según recordó Homs en aquel artículo de 1952. La pedagoga ocupó «el palco central de la Diputación y era blanco de las admirativas miradas de los asistentes», prosigue Homs, que cuenta cómo Montessori se emocionó hasta tal punto escuchando *El cant dels ocells* que tuvo que retirarse. Maccheroni, queriendo disculparla, explicó que su emoción se debía a la reciente muerte de su padre.

Grandes teloneros

Anna Maccheroni llegó a Barcelona en el mes de febrero 1915 invitada por el Consell de Pedagogia, institución educativa de la Mancomunitat de Catalunya de la que era secretario Eladi Homs. Uno de sus principales objetivos era modernizar las escuelas catalanas y ponerlas al mismo nivel de las extranjeras. Tal y como cuenta Daniel Cañigueral Viñals en su artículo en *Educació i Història. Revista d'Història de l'Educació*, por entonces ya había llegado noticia de la renovación pedagógica que estaba llevando a cabo Montessori en Roma, cuyo objetivo, señala Cristina De Stefano en *El niño es el maestro*, era proponer «una educación completa, una cosa sistémica que comience con el adiestramiento de los sentidos para abarcar luego el desarrollo de las ideas y conceptos abstractos». En la revista *Feminal*, en septiembre de 1911, Josep Alemany i Borràs publicó «Costures modernes», un artículo en el que presentó el método montessoriano a los lectores.

Un año más tarde, era Homs quien dedicaba un artículo al innovador método de la italiana en *Revista de Educació*. Desde el Consell, se eligió la Casa Matenitat como el espacio en el que plantear esta escuela moderna que tenían en mente. «La principal señal de éxito de un maestro es poder decir: los niños están trabajando como si yo no existiese», sostenía Montessori, para quien las aulas debían estar organizadas para que los materiales didácticos estu-

Maestra de maestros

A. M. I.

vieran al alcance del niño y el mobiliario fomentara su autonomía.

La necesidad de formar a maestras en el método, de adecuar los espacios y construir mobiliario hizo que seis maestras viajaran hasta Roma para asistir a un curso internacional de formación y que el también pedagogo Juan Palau Vera visitara los centros de Montessori en Roma. Corría 1914. Ese verano, el Consell organizó una escuela de verano en la que se dio a conocer, a través de una serie de clases y conferencias, la innovadora pedagogía a los asistentes. El curso fue un éxito y animó al Consell a organizar para 1916 un Curso Internacional Montessori, un seminario que no podía celebrarse antes puesto que la italiana estaba por entonces en Estados Unidos. Fue en este contexto que se produjo la llegada de Maccheroni a Barcelona, ciudad que se convirtió también en su casa.

Maccheroni llegó para participar en la apertura del primer centro montessoriano de Barcelona, que, finalmente, no tuvo su sede en Casa Maternitat, puesto que, como cuenta Cañigueral Viñals, Maccheroni se dio cuenta de que aquel espacio no era el adecuado. Con la colaboración de varios intelectuales, consiguió un local en calle de la Universidad. Los primeros cuatro meses de funcionamiento del aula fueron un éxito, tal y como dejó por escrito la propia Maccheroni, y obligó a un nuevo cambio de sede. Se necesitaba un espacio más grande para los alumnos del siguiente curso escolar, un espacio, además, para poder mostrar a Montessori cuando llegara a finales de 1915. Y así se trasladó la escuela a la calle de la Diputació.

Punto de inflexión

«El niño no es un ser extraño que el adulto puede considerar desde el exterior, con ciertos objetivos. El niño es la parte más importante de la vida del adulto. Es el constructor del adulto», escribió Montessori en *El niño: el secreto de la infancia*, libro compuesto por distintas conferencias que se publicó por primera vez de manera íntegra en inglés en 1937. Su redacción, sin embargo, tuvo lugar en Barcelona, tal y como cuenta la propia Montessori en el prólogo a la edición en castellano, y estuvo marcada por las tensiones políticas y sociales que preanunciaban el escenario bélico que no tardaría en llegar: «El niño hace su aparición en España; pero su voz no es desconocida, había ya resonado antes. Varios de sus capítulos fueron difundidos por los micrófonos de Radio Asociación de Cataluña. Débil voz que, con acentos casi proféticos, parecía ya presagiar los trágicos acontecimientos que debían ensangrentar nuestra amada Patria».

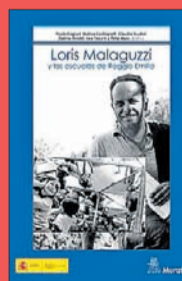
La influencia de Maria Montessori ha sido extraordinario en las ciencias pedagógicas del siglo XX, ciencias en las que también tuvo un papel clave el sacerdote Lorenzo Milani, a través de la experiencia en la escuela de Barbiana, una pequeña aldea de los Alpes, en la década de los 50. Carta a una maestra, texto escrito junto a dos chicas y seis chicos, tuvo una resonancia internacional extraordinaria, convirtiéndose en lectura obligatoria para maestros y aspirantes a maestros.

Por esos mismos años 50, Loris Malaguzzi comenzó su andadura convirtiéndolo en el nombre de referencia de la nueva pedagogía de Reggio Emilia: «Debemos dejar que los niños sean niños. Ellos aprenden un montón de sus pares, y los adultos aprenden de los niños estando con ellos. Los niños aman aprender entre ellos y aprenden cosas que no sería posible aprender de interacciones con adultos», sostenía Magaluzzi.

En Catalunya, la renovación pedagógica no puede entenderse sin la figura de Rosa Sensat. Nacida en 1873, fue una pedagoga feminista clave en la renovación de la educación de las niñas, al defender la necesidad de una educación igualitaria. En 1914, abrió la primera escuela pública al aire libre adscrita siguiendo el modelo que el Consell Pedagògic quería promover.



Carta a una maestra
Lorenzo Milani
Traducción de Luis Corzo Toral
Altamarea (2024)
144 páginas. 17,90 euros



Loris Malaguzzi y las escuelas de Reggio Emilia
Varios autores
Morata (2024)
550 páginas. 57,65 euros



Pequeña y Grande Maria Montessori
Petita y Gran Maria Montessori
Maria Isabel Sánchez Vegara · Raquel Martín Alba (2019)
32 páginas. 16 euros



La mente del niño:
Maria Montessori y Daniele Novara
Traducción de Eugenio Raimundo Urano (2024)
336 páginas. 17 euros



El niño es el maestro. Vida de Maria Montessori
Cristina De Stefano
Traducción de Maria Pons Irazazábal
Lumen
400 páginas. 20,90 euros



Educación y paz
Maria Montessori
Traducción de Guadalupe Borbolla
Altamarea (2022)
192 páginas. 18,90 euros



Historia de una maestra
Josefina Aldecoa
Alfaguara (2021)
240 páginas. 18,90 euros

Estas pocas líneas, escritas ya desde los Países Bajos, son particularmente elocuentes en cuanto subrayan de qué manera la propuesta pedagógica de Montessori está estrechamente ligada a una reflexión que trasciende lo estrictamente educativo: su catolicismo no dogmático y no siempre acorde con la doctrina –tuvo un hijo fuera del matrimonio que creció con sus abuelos paternos y ella siempre rechazó el matrimonio, considerándolo una prisión para la emancipación de la mujer–, su compromiso con la causa de las mujeres y su absoluta convicción de que la educación es la herramienta principal para alcanzar la igualdad están detrás de sus textos, especialmente de los más políticos.

Son textos que, partiendo de la pedagogía, abordan cuestiones como el derecho al voto de la mujer, la educación femenina o la necesidad de nuevas interrelaciones para consolidar la paz. «La humanidad crea sus propias leyes y evoluciona; y las condiciones para el niño empeoran a medida que mejoran las que existen para el adulto [...]. Y la humanidad, hoy tan débil, tan enferma, víctima de tantas tentaciones, ya no tiene la fuerza de cambiar su curso. La humanidad misma es el problema más importante de nuestro tiempo», escribió en la ponencia pronunciada en Sexto Congreso Internacional Montessori en 1937 y reunida, junto con otras conferencias, en el volumen *Educación y paz*.

Para Montessori, que en 1932 volvió a instalarse en Barcelona, después de que en la Italia fascista se le cerraran todas las puertas, «establecer una paz duradera es obra de la educación; lo único que puede hacer la política es librarnos de la guerra»; de ahí que, para ella, reformar la educación, repensar el espacio requerido por el niño y situarlo en el centro era la única manera ya no solo de establecer una paz duradera, sino de construir una sociedad más igualitaria y libre. Porque el niño, insistirá en más de una ocasión, es el constructor del adulto y, a la vez, es aquel que sufre sus consecuencias: «El bien o el mal del hombre maduro tiene una relación muy estrecha con la vida infantil, que lo formó. Sobre el niño recaerán todos los errores y él recogerá los frutos».

Sin embargo, en tanto que constructor, el niño es un ser que posee desde su nacimiento una personalidad, unas habilidades y unas inclinaciones propias: «Cuando en nuestras escuelas tuvimos en cuenta la personalidad del niño y le dimos la posibilidad de desarrollarse al máximo [...], nos demostró que contaba con una personalidad completamente distinta de la que habíamos imaginado, con rasgos exactamente opuestos a los que otros le atribuían», leemos en *Educación y*

paz. En efecto, ya algunos años antes, en los textos redactados en Barcelona defendía que su método resultaba novedoso precisamente por respetar «la personalidad infantil, hasta un grado jamás alcanzado por los otros métodos de educación». Y este respeto se expresaba en el fomento de la autonomía del niño: el adulto, sostenía la pedagoga, debe acompañar al niño en el desarrollo de su personalidad, no moldearlo a su manera. Porque, continuaba, el aprendizaje en la autonomía es el aprendizaje en la libertad, término clave en sus reflexiones sobre la paz, pero también en sus textos en torno a la causa de las mujeres. Pero el aprendizaje de la libertad solo puede tener sus frutos si la educación se convierte realmente en una herramienta a favor de la igualdad y de la emancipación colectiva.

Ejemplo feminista

«¿Qué hay más feminista que escribir un libro sobre una maestra?», se pregunta Lara Moreno en el prólogo de *Historia de una maestra* de la escritora y pedagoga Josefina Aldecoa, de quien este 2026 se cumplen cien años de su nacimiento. A la pregunta de Moreno, Montessori quizá habría contestado que lo único más feminista es ser maestra. Porque, como leemos en los textos reunidos en *La causa de las mujeres*, «son las mujeres preparadas gracias a estudios superiores, y formadas en la experiencia que proporciona esa lucha que es la vida, las únicas que podrán ejercer de guías y serán plasmadoras de las nuevas ciencias. El concepto democrático que marcará la dirección de los pasos que daremos por el mundo no puede tener otra base que no sea una fundada en la preparación de conciencias iluminadas».

Para Montessori, magisterio era un estudio que tenía una doble importancia: por un lado, para muchas mujeres era la única posibilidad de acceder a los estudios y, por tanto, de emanciparse a través de un trabajo. Por el otro, magisterio era el estudio de quienes tenían en sus manos la posibilidad de afianzar un mundo democrático en paz e igualitario. «Importa mucho la minuciosa observación de las escuelas de magisterio y de las cuestiones pedagógicas y sociales que allí se tratan. En ellas se concentran, de hecho, las jóvenes más inteligentes de Italia», sostenía la pedagoga reclamando más inversión en las escuelas de magisterio y más reconocimiento social a la profesión de maestra. «¡Estas jóvenes serán las educadoras de las educadoras del pueblo!», leemos en su artículo «Feminismo: nuestras victorias». Y poco se puede añadir. Quizá, únicamente que ese reconocimiento reclamado todavía está por llegar.